

EL OBSERVADOR DISPERSO

Stalin, el hombre de acero

Con el Muro de Berlín cayó el bloque soviético que el líder comunista levantó sirviéndose del terror

JOSÉ ANDRÉS ROJO

5 NOV 2014 - 18:37 CET



Yoseb Dzhugashvili, Stalin, en unas imágenes de marzo de 1908 tomadas por la policía zarista.

El 9 de noviembre de 1989 se derrumbó el muro de Berlín. Con cada uno de los adoquines que caía se iba yendo también a pique el monumental régimen de la Unión Soviética. El proyecto comunista, que estaba ya tocado desde hace mucho, se hizo trizas entonces. Fue en los estertores de la I Guerra Mundial cuando todo había empezado. El historiador Robert Gellately lo resume así: “La reacción antibélica abrió las compuertas de una revolución social elemental que, en febrero de 1917, arrastró consigo al zar Nicolás II y permitió que los bolcheviques regresaran a lo que Lenin denominó como ‘el país más libre del mundo’. Después de que el gobierno provisional continuara en la guerra, pero sin más éxito que el zar, la revolución golpeó de nuevo en octubre, esta vez con Lenin a la cabeza”. Y triunfó.

Gellately se refiere enseguida al que sería en los años siguientes el gran hacedor de los destinos de ese país más libre del mundo: en el flamante ejecutivo que surgió de los escombros del zarismo, ocupó un puesto de extraordinaria importancia para aquel inmenso imperio, el de “comisario de las nacionalidades”. Se trataba de Stalin, el sobrenombre que Yoseb Dzhugashvili se puso en 1912 y que significa “hombre de acero”. También lo llamaban Koba, como el protagonista de *La parricida*, una novela de Alexandre Qazbegui: un montañés salvaje de la tierra que lo vio nacer, Georgia, un fugitivo caballeresco que se enfrenta a los rusos y los derrota.

Llevaba “barba, pelo largo peinado hacia atrás. Tenía una pequeña cojera y andaba a pasos cortos. Jamás se reía abiertamente”. La descripción la recoge en su libro *Stalin y los verdugos* Donald Rayfield, profesor de Lengua y Literatura en la Universidad de Londres. La hizo un socialdemócrata georgiano que conoció a Stalin hacia 1906. Era una época en la que iba de un lado a otro, ejerciendo ya una frenética actividad de revolucionario hasta el punto de que lo conocían como el “Lenin del Cáucaso”. Aquel georgiano apunta además: “Era absolutamente imperturbable”.

Stalin hizo una carrera fulgurante. Se fajó como organizador de huelgas en aquellos primeros años del siglo XX y pronto conoció las cárceles de Siberia, de las que supo escaparse con tanta facilidad que llegaron a pensar que era un esbirro de la policía. Frecuentó a marxistas autodidactos, hizo buenas migas con asesinos, se vio implicado en turbios atentados,

consiguió salir siempre adelante. Rayfield cuenta que en su juventud llegaba a ventilarse 500 páginas al día y que llenaba sus libros de anotaciones. Era un lector voraz, “formidable y peligroso”, para el que tuvo una importancia capital *Los demonios* de Dostoievski.

Félix Dzierzynski, el creador de la temible Cheka.

Donald Rayfield es autor de una de las grandes biografías de Chéjov, así que conoce muy bien aquella época. “El Estado ruso de 1908 hacía por sus ciudadanos casi tanto como los Gobiernos de Europa occidental y más que la Rusia de cien años después”, escribe. “Había juicios con jurado e igualdad ante la ley, un tratamiento de las minorías étnicas que hacía que británicos, alemanes y franceses parecieran bárbaros en comparación, tolerancia religiosa, créditos blandos para los granjeros, un servicio postal eficaz, buenos ferrocarriles, una prensa libre, universidades florecientes con científicos, médicos y eruditos de primera línea, educación primaria —aunque con pocos medios— y atención médica básica universales, el estallido de creatividad más poderoso que las artes de Europa habían conocido desde el renacimiento italiano, etcétera”. Todo esto convivía, apunta, con alcoholismo, sífilis, indolencia y sobornos de todo tipo, malas carreteras, una burocracia perezosa y una pobreza generalizada.

Conviene tener esas referencias como telón de fondo para contemplar las profundas transformaciones que el régimen de Lenin puso en marcha y que Stalin condujo posteriormente con mano de hierro. En *La maldición de Stalin*, Gellately pone el acento en “las convicciones ideológicas del líder soviético”. “Las enseñanzas del marxismo-leninismo dieron forma a todos los elementos de su vida, desde la política a la estrategia militar, pasando por los valores personales”, observa. Rayfield, en cambio, se ocupó de reconstruir la historia del estalinismo siguiendo de cerca las peripecias de los responsables de sus temibles aparatos de seguridad.

Stalin estuvo al frente del gran proyecto de levantar una economía planificada, se vio después envuelto en una guerra devastadora, de la que salió vencedor, y terminó levantando un inmenso imperio que se enfrentó durante décadas a su poderoso enemigo, los Estados Unidos. Las estaciones del recorrido son conocidas. Tras el triunfo bolchevique, se desencadenó la guerra civil. “El holocausto que tuvo lugar entre los años 1918 y 1922”, escribe Rayfield, “pareció menos horrible que el de Hitler o el de Stalin únicamente porque estaba más dirigido a una clase que a una raza, porque la mayoría de los supervivientes permanecieron aislados del mundo occidental, porque las pruebas han sido destruidas y porque, como a Stalin le gustaba decir, ‘no se juzga a los vencedores’”.

Luego, entre 1924 y 1928, se produjo el ascenso de Stalin, que ya había tomado las riendas del partido como secretario general en 1922. Ese mismo año, el 6 de febrero, la Cheka se convirtió en el GPU (Directorio Político del Estado). “La Cheka no es sólo un órgano de investigación: es el órgano de batalla del Partido del futuro”, escribió uno de sus esbirros más temibles en un panfleto. “Aniquila sin juicio o aísla de la sociedad mediante el internamiento en campos de concentración. Su palabra es ley. El trabajo de la Cheka debe abarcar todos los ámbitos de la vida pública”. Y terminaba: “Ése es el sentido y la esencia del Terror Rojo”.

Al frente de esa singular maquinaria del horror estuvo Félix Dzierzynski, que procedía de una familia polaca de origen noble que había ido perdiendo sus propiedades. El camino de la Revolución está lleno de cadáveres, y no es fácil entender cómo los hombres que la defendieron pudieron convertirse en unos asesinos desalmados. “Si alguna vez llegó a la conclusión de que Dios no existe, me meteré un tiro en la cabeza”, escribió Dzierzynski cuando era joven. Y más tarde, cuando se vio obligado a justificar tantos desmanes, en una carta a su hermana le dijo “yo veo el futuro”; también: “Y tú no puedes entenderme a mí, un soldado de la Revolución”. La fe juvenil en un Dios salvador se había desplazado de sitio, pero la intensidad era incluso mayor. “Mi pensamiento me ordena ser terrible y tengo el propósito de seguir mi pensamiento hasta el final”, confesó en otra ocasión. “Cuando reflexiono sobre lo que está ocurriendo, sobre el aplastamiento universal de todas las esperanzas, llegó a la conclusión de que, cuanto peor sea ese aplastamiento, con mayor fuerza y prontitud florecerá la vida”. Confiaba en que se produjera el apocalipsis para que de sus ruinas surgiera el hombre nuevo.

Nicolái Yezhov, el artífice del Gran Terror.

La colectivización agraria, que condujo a la aniquilación de diez millones de campesinos entre 1928 y 1933 tras la puesta en marcha del primer plan quinquenal para industrializar el país a marchas forzadas, y las purgas y el Gran Terror, que tuvieron

lugar entre 1934 y 1938, fueron otras dos terribles estaciones del gran desafío comunista, que al mismo tiempo conseguía seducir a millones de jóvenes, trabajadores e intelectuales del mundo occidental. Mientras tanto, los verdugos de Stalin habían ido cambiando. Viacheslav Menzhinski fue el sucesor de Dzierzynski. Venía también de una familia polaca y, en 1917, mientras al fondo los revolucionarios se ocupaban de tumbar al zarismo él prefería dedicarse a tocar valsos en el piano de su casa. Dominaba varios idiomas y era, explica Rayfield, “arrogante, cínico y decadente”. Mantuvo el puesto hasta 1934, y nunca le tembló el pulso en el minucioso proceso de aniquilación de los kulaks. Lo sucedió Guénrij Yagoda (“un perro guardián atado a una cadena”), un tipo brutote, un verdugo solícito y sin escrúpulos que terminaría entregado a una vida de lujo y voluptuosidad y que se especializó en reprimir a los intelectuales. Lo hizo con tal saña y aplicación que Rayfield escribe que, “bajo el Gobierno de Stalin, las erratas fueron declaradas ‘incursiones de la clase enemiga’”.

Nikolái Yezhov (“un alcohólico propenso a estallidos de violencia contra sus compañeros de borrachera; un voraz depredador sexual; un bisexual activo y pasivo...”) fue el responsable del Gran Terror. Desde la primavera de 1937 al otoño de 1938 se produjeron 750.000 ejecuciones sumarísimas y el doble de condenas a una muerte lenta en los campos de concentración. Hubo purgas en la NKVD, en el partido, en el ejército, en el Komintern, cayeron algunos de los mayores poetas y novelistas. Ajustes de cuentas, eliminación arbitraria de la población urbana. En abril de 1938, Rayfield cuenta que Stalin se enteró por una carta “de que entre las miles de mujeres a quienes el NKVD raptó en plena calle, en Moscú, y que murieron en los campos, estaba su propia hija, Pasha Mijailóvskaja, la primera de sus hijos ilegítimos”. Nadie tenía garantizada la vida. Todos eran, en principio, culpables. Conviene, sin embargo, apuntar otra lectura de aquella barbarie que Rayfield resume así: “Los neoestalinistas sostienen, en primer lugar, que dos millones de personas reprimidas, apenas el 1,5 por ciento de la población, era una cantidad tan escasa que no sembró el abatimiento en la sociedad, con la salvedad de sus familiares y colegas más próximos; en segundo lugar, sostienen que fue un precio que valió la pena pagar a cambio de una victoria en la II Guerra Mundial”.

Lavrenti Beria, el jefe de la NKVD durante la guerra.

El 7 de noviembre de 1938, el último de los verdugos de Stalin, Lavrenti Beria, sustituyó a Yezhov. Rayfield: “El azote que Yezhov había desatado sobre los ciudadanos soviéticos lo aplicó Beria con idéntico rigor a los polacos, rutenios (ciudadanos de Ucrania occidental), moldavos, lituanos, letones y estonios, por no hablar de los alemanes y judíos refugiados en la URSS de las persecuciones hitlerianas”. Fue el jefe de la NKVD durante la guerra, el hombre inteligente y pragmático que ordenó las masacres de los oficiales polacos en los bosques de Katyn, el tipo que, después del final de la guerra, puso en marcha la construcción de la bomba atómica y trasladó la industria soviética a los Urales. Fue quien tomó las riendas del poder cuando murió Stalin. Iba demasiado rápido en las reformas. Un día, sus camaradas programaron su caída. El 26 de junio de 1953, el marsical Zhúkov junto a otros cuatro oficiales entró donde estaban reunidos los líderes del Partido. “Se plantaron a espaldas de Beria y lo encañonaron con las armas apuntándole a la cabeza”. En diciembre, tras ser condenado a morir, se vistió con su mejor traje negro. Le pegaron un tiro en la frente.

“¿Qué generó (...) tantos millones de detenciones y condenas?”, se pregunta Gellately al final de su libro. “El motor fue la ideología de Stalin”, responde, “parte de la cual aseveraba que ‘el país estaba repleto de enemigos encubiertos que se hacían pasar por ciudadanos leales: asesinos, saboteadores y traidores que conspiraban para destruir el sistema soviético y entregar traidoramente a la nación a las potencias extranjeras’”. El 7 de noviembre de 1937, durante la celebración del vigésimo aniversario de la Revolución, Stalin y “dos docenas de compinches” se reunieron a comer en casa de Kliment Voroshílov. Stalin levantó una copa para referirse a quienes pretendían destruir el Estado socialista: “Y exterminaremos a todos y cada uno de estos enemigos, sean antiguos bolcheviques o no. Exterminaremos a sus parientes y a toda su familia. Exterminaremos sin misericordia a todo aquel que, con hechos o ideas, amenace la unidad del estado socialista. ¡Brindo por el exterminio de todos los enemigos, de ellos y de sus parientes!”.

[En el corazón del terror habitó, en esa larga historia del comunismo soviético, también la utopía. En un libro que está a punto de llegar a las librerías, Karl Schlögel se mete de lleno en el Moscú de 1937 y procura levantar un fresco de todas las historias que se entrecruzan alrededor del vertiginoso maelström del horror. “Muchos de lo que parecía deberse al poder de un omnipotente Estado ha pasado ahora a verse como la acción desesperada de un poder impotente; lo que aparece como temeraria utopía es puro pensamiento de estado de emergencia, sin el cual un poder con una legitimidad tan increíblemente débil no hubiera podido sobrevivir un día. Lo que parecía un plan se revela, tras una mirada más detallada, como un acto de emergencia, de improvisación, reacción y rodeo, un vivir al día”. Habrá que leerlo con extrema atención. Empiezo a afilar el lápiz].

Stalin y los verdugos. Donald Rayfield. Traducción de Amado Diéguez Rodríguez y Miguel Martínez-Lage. Taurus. Madrid, 2003. 618 páginas. 24,80 euros.

La maldición de Stalin. La lucha por el comunismo en la Guerra Mundial y en la Guerra Fría. Robert Gellately. Traducción de Cecilia Belza y Gonzalo García. Pasado & Presente. Barcelona, 2013. 622 páginas. 39 euros.

Terror y utopía. Moscú, 1937. Karl Schlögel. Traducción de José Aníbal Campos. El Acantilado. Barcelona, 2014. 1008 páginas. 45 euros.



ARCHIVADO EN:

Unión soviética · PCUS · Josef Stalin · Vladimir Illich Lenin · Partidos comunistas · Alemania · Rusia · Europa este · Partidos políticos · Historia contemporánea · Historia · Política · Relaciones exteriores · Centroeuropa · Europa

CONTENIDO PATROCINADO



¿Te atreves a capturar el disparo perfecto? Podrás ganar una cámara Canon EOS M10

(CANON)



10 libros de bolsillo tan vendidos como adictivos

(MEDIATRENDS)



Así es Paula fraile, fundadora del blog Amarás la Moda

(GENERACIÓN43)



¿Dónde localizar los mejores descuentos este Black Friday?

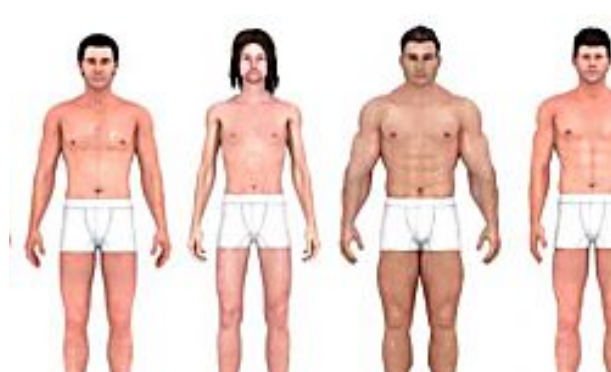
(MONEDO NOW)

Y ADEMÁS...



Las 9 profesiones con mayor número de infieles

(TIKITAKAS)



Cambios en el ideal masculino de los últimos 150 años

(TIKITAKAS)



Así están ahora los niños de Jumanji

(LOS40.COM)



El vestido de Zara que hace furor

(CADENA SER)

recomendado por outbrain

© EDICIONES EL PAÍS S.L.

Contacto | Venta | Publicidad | Aviso legal | Política cookies | Mapa | EL PAÍS en KIOSKOyMÁS | Índice | RSS



Webs de PRISA

